

Anxo Rodríguez

Si ellos supieran...

La Hermandad mundial



Ediciones Corona Borealis

Si ellos supieran... La Hermandad mundial – Anxo Rodríguez

© Anxo Rodríguez
© 2018, Ediciones Corona Borealis
Pasaje Esperanto, 1
29007 – Málaga
Tel. 951 088 874
www.coronaborealis.es

Maquetación editorial: Georgia Delena
Diseño de cubierta: Sara García

ISBN: 978-84-949246-3-7
Depósito Legal: MA 1679-2018

Primera edición: diciembre 2018

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain – Impreso en España

“Para Helena:
Mi luz, mi faro, a miña Moura...

Para as miñas xoias pequenas:
Emma, mi estrellita fugaz.
Noa, mi sol y mi luna.”

“A mis padres, por su apoyo.
A Manel, a Nuria, a Adolfo y a Deborah, por sus sabios
consejos.
A Marcos, por invitarme a aquel partido de pádel del que
surgió la historia.
A Coco, a Rafa, a Belén y a Víctor, por su ayuda.
A María y a Miguel, por la oportunidad.
Y por último a Helena, por todo.
Sin todos ellos hoy no existiría este libro: GRACIAS”.

Capítulo I. La extraña pesca.

Domingo al mediodía, 8 de septiembre.

Marcos abrió una lata de cerveza. Él y su mejor amigo, Andrés, estaban fondeados por la parte oeste de la Isla de San Simón, en la Ría de Vigo. Disfrutaban de una preciosa y soleada mañana típica de esta época del año en las Rías Baixas, si bien la temperatura era más alta de lo normal, ya que a esta hora (la una del mediodía) rondaba los 25 grados centígrados. Llevaban más de dos horas intentando pescar algún choco, pero nada, ni una picada.

Con aire meditabundo observaba a Andrés, que estaba sentado a su derecha en la parte exterior de la ancha popa de la Draco 2300, al otro lado de la escalerilla y con los pies descalzos apoyados en la plataforma de baño. Caña en mano, su amigo recogía el sedal lentamente a la vez que iba dando pequeños tirones, con una técnica bastante aceptable. La caña de Marcos reposaba ahora en la bañera, apoyada en un lateral del asiento del piloto, no muy lejos de donde aguardaban, sin estrenar, el ganapán y el cubo para la pesca.

–Oye, Dres. ¿Por qué no ponemos la radio? Aquí no pica nada y me aburro –le dijo.

–Porque tengo miedo de que se acabe la batería. Cuando estemos en marcha, la ponemos –respondió Andrés.

–Pero la emisora está encendida.

–Porque es obligatorio. Si te llaman los de pesca o la Guardia Civil y no respondes te pueden meter un paquete.

–¿Y eso no gasta la batería?

–Sí, pero poco. Ya ves que solo suena cuando hay alguna llamada. Y es obligatorio, te lo acabo de decir.

–¡Jopé! Cómo se nota que sacaste el PER el otro día... ¿Por qué no nos movemos y vamos hacia la otra parte de la isla, la que da a la playa? Ahí es donde está pescando todo el mundo...

–Porque allí no hay mucho calado y no me fío. No creo que sea capaz de maniobrar entre los barcos sin liarme con alguno de los cabos de fondeo. Lo veo complicado. Además, por aquí también hay gente pescando muchas veces.

–¿Complicado? ¡Pero si hay solo cuatro chalanas! En todo el tiempo que llevamos, por este lado no ha fondeado ni dios. ¡Aquí no hay nada! Además, estamos muy separados de las islas y el lance más largo se queda algo así como un huevo de lejos de las rocas. Así es casi imposible.

–Ya, pero es la primera vez que mi viejo me deja el barco, no lo controlo todavía, no conozco la zona y no sé dónde hay profundidad suficiente, ni dónde están las piedras. Si voy y fastidio la cola, mi padre me capa, y además me hace pagar el arreglo. ¿Quieres probar tú, y si la cagas se lo cuentas? Yo no me fío. Si meto la pata hoy ya no me deja el barco nunca más.

–¡Joder, cómo te pones! Por lo menos podíamos ir y fondear cerca de Rande, que es fácil y dicen que también se pescan chocos por allí. Así practicamos para poder llevar a las chavalas a la playa el verano que viene. Y si no pican, por lo menos nos damos un chapuzón, que hace un calor de carallo...

–¡Mira que eres *pesao*! Vamos a hacer una cosa: déjame hacer este último lance, y si no pilló nada, nos vamos. ¡Y deja de beber cervezas, que aún no hemos comido el bocata y ya vas por la segunda! ¡Coño, con el fulano!

–¡Vale, vale! A la orden, capitán... Si es que le das el carnet de patrón a cualquier *parvo* y se le sube a la cabeza. Je, je, je... Y hablando de chavalas, ¿sabes que estuve ayer con Silvia?

–¿Qué Silvia? ¿La morena? ¿La que juega al voley?

–Sí. Está muy buena, ¿verdad?

–¡Joder, si está! Pero dicen que no sale con tíos que no tengan un coche guapo, de Golf GTI para arriba.

-Es verdad, pero ayer le comenté que veníamos a pescar en la lancha y el tema le moló bastante. Me insinuó que si la invitáramos ella vendría gustosa... con alguna amiga, claro.

-Así que te lo insinuó... ¿Y cómo lo hizo, si puede saberse?

-Bueno, ya sabes...

-No, no lo sé. No tengo ni puta idea. ¿Cómo se puede insinuar algo así? O se dice o no se dice. No es como cuando alguna *choquita* quiere ligar contigo, que te sonríe y tal y cual.

-¡Joder, Dres! Está bien. Estuvimos hablando y saqué el tema de la lancha, ¿vale? Y ella me dijo que le encantaba ir en barco y tal. Y entonces le dejé caer que si eso se podría venir algún día con nosotros.

-¿Y qué contestó ella?

-Nada. Vino el maromo, el del A3, y se marcharon.

-Así que te insinuó, ¿eh? Si eso. Y tal. ¡Valiente insinuación! Desde luego, macho, tú no es que vendas el oso antes de cazarlo, es que ni siquiera te has comprado la escopeta.

-Ya. Yo por lo menos lo intento. Porque si es por ti...

-Claro, claro. Ya veo a cuántas tías has traído.

-¡Joder! Mira, tú has venido con un pedazo tío que soy yo, sin embargo yo he venido con un mariquita, que eres tú. Y eso es casi una tía, ¿no? -Su amigo le puso mala cara, y se giró dándole la espalda. Marcos se empezó a partir de risa y luego dio un largo trago de cerveza. Andrés hizo un muy buen lance, que llegó bastante cerca de las rocas de la parte de la isla de San Pedro, frente al puente de piedra que la une a la de San Simón. Empezó a recoger poco a poco, y de repente la caña se curvó.

-¡Me cago en la leche! Creo que me he enganchado con algo.

-Dale un tirón, a ver si zafa -le dijo Marcos.

-Ya lo hago, listo, pero no va.

-A ver, hombre. Recoge lo que puedas y tira con fuerza, que seguro que se desengancha... Así, ¿ves? Ya se mueve.

-Pues venir viene algo, porque pesa bastante...

-A lo mejor es un pulpo... Una vez pesqué uno con mi tío y me pasó lo mismo: parecía que se había enganchado la potera, y tiré y tiré, y al final parecía que se había soltado, pero como tenía mucho peso seguí tirando

y recogiendo. Pensé que traía un manojó enorme de algas, pero cuando la potera llegó al barco me di cuenta de que lo que venía era un pulpo.

–Eso sería la leche. Coge el ganapán por si acaso, que sea lo que sea, es grande... Ya parece que se ve... Es alargado... ¡Parece un calamar! ¡Un calamar enorme!

–¡Sí! ¡Qué grande! Ojo, no se te vaya a escapar... Acércalo a este costado, que yo estoy atento. ¡Cagon la leche! ¡Vaya *peaso* calamar! Pero espera... Eso no es un calamar... Parece... parece una... ¡JODER!, ¡JOOOOODER!

–¿Qué dices que parece? ¿Qué te pasa? A ver.. ¡Coño! ¡COÑO!
¡COOOOÑO!

Capítulo II. El cadáver.

Lunes por la mañana, 9 de septiembre.

El comisario Alfredo Parra estaba sentado en el sillón de su despacho. Enfrente de él, de pie, se encontraba el inspector jefe Roberto Rosales, esperando con gesto un tanto tenso y una carpeta en la mano. Entre ambos había un escritorio de caoba maciza, gastado, pero en muy buen estado para los años que se le adivinaban. Frente a él, dos sillas de madera indeterminada rivalizaban en edad con la mesa, si bien los años y los retapizados no les habían sentado tan bien como a esta.

El comisario es alto, corpulento (decir que es un hombre con sobrepeso sería ser demasiado indulgente), displicente: siempre está de mal humor. De hecho, el último mote que se le había puesto en la comisaría era el de “El Cocinero”, por el cocinero Gordon Ramsay, y no precisamente por su volumen, sino por su mala leche. El anterior había sido “Comisario Gordon”, de la época en que las nuevas películas de Batman se pusieron de moda, y esa vez el alias sí que hacía referencia a su volumen –algunas personas incluso se “olvidaban” de pronunciar la *n* final–. Naturalmente, nadie se atrevería a llamarle algo que no fuese “señor comisario” a la cara, porque lo mínimo que le podía pasar era ser expedientado.

Embutido en su traje, el comisario hablaba por teléfono a voces con un interlocutor desconocido. Mientras, y haciendo como que no estaba

oyendo la conversación (como si ello hubiera sido posible, ya que con lo que gritaba el hombre seguramente lo debían estar escuchando hasta en Cangas), el inspector jefe se parapetaba con disimulo tras las dos sillas, repartiendo su atención, ora entre revisar la vieja pátina de las mismas, ora en analizar el tipo de letra y composición de la portada de la carpeta. Y siempre de pie, ya que nadie que perteneciera a la comisaría se sentaba jamás sin permiso en las viejas sillas, y nunca de buena gana. No porque fueran incómodas, que lo eran y mucho, sino porque los platos que se cocinaban en ese despacho no solían ser de buen gusto para nadie, generalmente por el mal carácter del cocinero.

–¡Pues le dices que lo digo yo, y punto! –gritó el comisario al teléfono–. Él será el presidente de la Xunta, pero aquí tiene que hacer lo que yo le diga. Y si no quiere, pues le dices que me llame y se lo digo yo mismo en persona... ¿Qué?... ¡Ni de coña!... Pero ¿qué?... Mira, si quiere protección de la policía, tiene que hacer lo que yo le diga, y si no, que le vayan dando... ¡Pues sí!... ¡Pues que me llame si quiere, coño!... –El Cocinero colgó el teléfono bruscamente, miró al inspector jefe a los ojos, se encogió de hombros y le guiñó un ojo–. Políticos, Rosales, ya sabe cómo son... Pero por favor, tome asiento. En un momento estoy con usted.

El comisario se levantó de la silla, se subió el pantalón, se remetiò los faldones de la camisa y salió del despacho a grandes zancadas. Le gritó algo a la secretaria y volvió a entrar, ya con el pantalón un poco caído de nuevo. Murmuró algo acerca de comprar unos tirantes y se sentó pesadamente en la silla. Apoyó los codos en la mesa, se llevó las manos a la frente, cerró los ojos y permaneció así, callado, durante aproximadamente cinco segundos. Luego puso las manos encima de la mesa, miró a los ojos al inspector jefe, y comenzó a hablar de nuevo:

–Bueno, Rosales, cuénteme lo que pasó en San Simón el sábado. Desde luego, no nos llegaba con el embolado de la visita de Feijoo, que aún por encima va y nos aparece un fiambre... Pero no me lea todo el informe. Me llega con que me haga usted un resumen, digamos... con cierto detalle –le dijo.

–Bien, Señor... El hecho es que dos chavales que estaban pescando en una lancha, por el lado exterior de la isla, hacia Rande, encontraron en el agua restos humanos –le respondió el inspector.

–¿Restos? ¿Y cómo los encontraron?

–Pues, siempre según las declaraciones de los muchachos, estaban pescando chocos y se les enganchó en la potera un antebrazo humano, mano incluida.

–¿Pescando por el exterior de la isla? Eso es un poco raro. Nadie pesca chocos en esa parte. Yo mismo voy a pescar allí a veces, pero por el interior, por la playa de Cesantes... ¿Quiénes son? ¿Se les ha interrogado al respecto?

–Sí, señor. En la lancha iban dos muchachos de veinte años: Andrés Romay y Marcos Fontenla. El que patroneaba era Andrés. La embarcación es de su padre. Fue él el que “pescó” el antebrazo. Lo enganchó a la altura de la muñeca, exactamente por el reloj. Como pudieron, lanzaron un *mayday* por la emisora. Al llegar la lancha de la Guardia Civil los chicos aún estaban en estado de shock, y ni siquiera habían subido al barco el antebrazo, que seguía enganchado a la potera dentro de un ganapán, en la plataforma de baño de la popa. En cuanto logró que los chavales volvieran a un estado más o menos apto para el interrogatorio, un agente les hizo la batería de preguntas de rigor, incluida la del extraño emplazamiento del fondeo. Parece ser que era la primera vez que Andrés patroneaba, y dada su impericia no se atrevía a fondear el barco en la parte de la playa. De hecho, al observar el carnet de patrón del chico, se comprobó que tenía fecha de junio. Normalmente la titulación tarda más de un mes en llegar, así que puede ser perfectamente posible. De hecho, un cabo de la Guardia Civil tuvo que llevar la lancha al Puerto deportivo de Domaio porque el chaval no era capaz ni de arrancarla. El otro no tenía el PER, y además estaba tan nervioso que incluso confesó que se había bebido dos latas de cerveza sin que nadie se lo preguntara.

–Bien. Tenemos a dos jóvenes marineros de agua dulce en una lancha. Ahora... ¿Cómo llega un brazo humano a engancharse en una potera? Es algo un tanto insólito, ¿no?

–Un poco, sí. En cuanto la Guardia Civil vio el percal, llamaron a la Unidad de Actividades Subacuáticas. Buscaron por donde los chicos les

dijeron que habían hecho el lance, y al cabo de media hora ya tenían el resto del cuerpo. Estaba, esto... digamos que fondeado, en línea con el puente que une las dos islas. Llevaba unas esposas en los tobillos a las que habían unido mediante un cable antirrobo de moto una pesa de 25 kg como lastre, de esas que se usan en halterofilia, con forma de disco. El antebrazo se desprendió debido al avanzado estado de descomposición del cadáver, del que se calcula que llevaba entre diez y quince días en el agua. Tenía una fractura abierta de cúbito y radio, y por ahí se soltó el miembro cuando la potera se enganchó al reloj y el chaval dio unos tirones.

–O sea, que encontraron al fiambre por pura casualidad... ¿Quién es el muerto?

–Aún no lo sabemos. Le están haciendo la autopsia hoy. Tengo que enviar a un inspector para que haga la investigación. Estaba pensando en enviar a López.

–No. Quiero que envíe a Manuel Dopazo.

–¿A Dopazo? Con el debido respeto, señor, no creo que sea el más indicado para...

–Yo tampoco –le interrumpió–. El caso es que alguien de arriba me ha... digamos que aconsejado, que sea él el que se encargue del caso. Y yo no suelo discutir las órdenes de mis superiores. Y espero que usted tampoco. Además, prefiero tener al resto de inspectores trabajando en la visita. Lo del fiambre no tiene arreglo ya, y si Dopazo la caga o tarda mucho en resolverlo no creo que empeore. Después de la visita del presi ya nos las arreglaremos para que otro lleve el caso. Puede usted irse, Rosales. Que tenga un buen día.

–Pero...

–Que tenga un buen día, Rosales.

Como usted ordene, señor. Buenos días.

Capítulo III. Manuel.

Lunes por la tarde, 9 de septiembre.

Manuel Dopazo Carballo, apodado cariñosamente “Colombo” por sus compañeros, es un inspector de la Policía Nacional de 59 años de edad. Pasó de la academia militar a la de policía, su verdadera vocación. Alumno modelo y agente ejemplar, tuvo una carrera brillante y meteórica. Fue el número uno de su promoción, y el primero de la misma en alcanzar el grado de inspector en la escala ejecutiva. Casi todo el mundo lo daba como futuro comisario, pero algo se cruzó en el camino de Manuel e hizo que su carrera quedara estancada por completo. Ese algo fue Lola.

A mediados de los 70, Manuel se ganó el mote de Colombo. A punto de graduarse, un compañero que también era de Vigo le preguntó que cómo podía hacer todas las tareas y además presentarse voluntario para otras. “Teño un bo lombo”, le contestó en gallego. “Bo lombo, ¿eh?, como ese da tele... ¡Colombo! ¡Ja, ja!”. Y con la broma, le quedó el mote para siempre. Además era excepcional en el trabajo policial, como el detective mundialmente conocido. Y de verdad tenía en aquella época buenas espaldas: medía más de metro ochenta, y sus ochenta kilos eran de puro músculo. Se podía decir que era un hombre guapo, con muy buena planta. Y por si todo eso fuera poco además tenía mucha labia. Eso le hacía destacar dentro de cualquier grupo. Era un líder natural.

Todas esas características podrían indicarnos que a Manuel se le daban bien las mujeres. Y de hecho así era. Se le daban muy bien. Demasiado,

quizás. Encandilaba sin esfuerzo a cualquier chica que le gustase. Quizá por eso Manuel nunca se había enamorado. Nunca. La mayoría de sus amigos estaban ya casados o a punto de estarlo, pero él no había conocido a nadie especial que le hubiera llegado al corazón. Hasta que conoció a Lola.

Eran los 80. Las barras americanas eran moneda corriente para los hombres en aquella época. Se salía de la censura franquista al destape democrático. Como todos, Manuel iba de vez en cuando con sus amigos a tomar copas a locales de ese tipo. Era la moda. Y fue en una de esas ocasiones en la que conoció a Lola. Él había ido con un grupo de amigos a un local nuevo, el “Lola’s”, cerca del Arenal. Y pese a que el nombre del club podría hacer pensar en algún cargo más importante para ella, no era más que una mera coincidencia: Lola solamente era una “trabajadora” más del mismo. El caso es que también era una mujer muy bella, de unos veintipocos años, morena, alta, con un cuerpo escultural y dos ojos verdes que a más de uno le hacían perder el sentido. Manuel se quedó prendado de ella desde el primer momento que la vio, apoyada en la barra, con un vestido que, si bien no ocultaba demasiado sus encantos, tampoco caía en lo chabacano. Parecía una chica guapa normal en busca de compañía. Quizá por ello Manuel no se dio cuenta de que era una profesional. El caso es que la abordó en cuanto pudo, haciendo gala de su técnica bajo la atenta mirada de sus amigos, con los que incluso había apostado un gin-tonic a que la conquistaba en menos de media hora. Lola lo vio acercarse con una sonrisa en los labios, pero cuando Manuel empezó a intentar encandilarla con su sobradamente probado piquito de oro, ella le hizo saber –eso sí, suavemente, sin brusquedad ni mala educación– que no le hacía falta tanto encanto para intimar con ella, que con un poco de dinero le bastaría.

Manuel se quedó un poco decepcionado al saber que era prostituta y volvió con sus amigos, que le empezaron a interrogar en cuanto se sentó. Fueron informados de todo el asunto por un avergonzado Colombo, y si bien optaron por eximirlo de pagar la apuesta, el choteo duró hasta que se fueron del local y todos hicieron chanzas a costa de él.

Pero el daño ya estaba hecho y la semilla plantada. Sin saber a ciencia cierta por qué, se sentía irresistiblemente atraído por aquella mujer. A lo

mejor era porque Lola no le había dado la oportunidad de seducirla, y ninguna mujer le había rechazado antes. O quizá porque era meretriz, y él nunca había estado con una y sentía curiosidad. El caso es que la deseaba. Así que cuando salieron del local, se despidió de sus amigos, hizo como que se marchaba a casa, y después de un tiempo prudencial volvió a entrar en el lupanar para comprar los “servicios” de Lola. Por primera vez en su vida pagaba por tener sexo con una mujer. Esa noche aprendió dos cosas de las prostitutas: que no te besan en la boca y que no establecen vínculos afectivos con sus clientes. Y no le gustó ninguna de las dos. Era todo muy raro, forzado y muy comercial. No era para nada lo que él había esperado. La gente te vendía que una noche de sexo con una prostituta era lo más de lo más, pero para él había resultado muy poco gratificante. Pero aún así se fue aquella noche del Lola’s sabiendo que iba a volver a verla. Se sentía terriblemente atraído por aquella mujer. Su razón le gritaba que se olvidara de ella, que en una situación así sólo se puede perder. Pero su corazón, sin saber muy bien por qué, le decía lo contrario.

Desde aquel momento, las visitas al club empezaron a ser más regulares. Al principio Manuel sólo iba a tomar una copa los fines de semana y se limitaba a vigilar con disimulo a Lola, a la que no podía sacarse de la cabeza, intentando dar con un plan maestro que hiciera que ella cayera rendida a sus pies. Si Pau Donés ya hubiera escrito su gran éxito, el inspector estaría sin duda cantando “Por un beso de la flaca daría lo que fuera” en esos momentos.

Lola tenía un gran éxito con los hombres, así que Manuel tenía que observar celoso cómo ella se iba con algún cliente a menudo. En esas ocasiones, en vez de tomar un gin-tonic se bebía dos o tres, antes de marcharse con mal cuerpo para casa, jurándose por el camino que nunca volvería a ese club para ver a esa maldita mujer que parecía haberle hechizado. Y algo de brujería debía de haber, porque al siguiente fin de semana volvía irremediabilmente al club.

En un par de meses, sus compañeros sospechaban que algo raro le pasaba, porque Manuel se había vuelto taciturno. La gente le preguntaba y

naturalmente él no soltaba prenda, porque le daba una infinita vergüenza encontrarse en esa situación que no podía controlar. Toda su vida se había marcado metas y las había conseguido, superando cualquier obstáculo que se le pusiera por delante. Pero ahora estaba atrapado en el fango, y no sabía cómo salir. Y ni siquiera podía pedir ayuda, por dos motivos: El primero, que no se puede explicar lo que uno mismo no entiende. El segundo, la vergüenza. Para todo el mundo, Manuel Dopazo, Colombo, era un hombre cabal, seguro de sí mismo, que conocía a fondo a las mujeres, que aconsejaba a los demás. Él no se veía inmerso en situaciones amorosas ridículas. Si contara lo que le estaba pasando, sus amigos se reirían de él. Le humillarían y le perderían el respeto. Y lo entendía. Si algún amigo suyo le hubiera contado un asunto similar, él se habría reído para luego aconsejarle que se olvidara de esa mujer y siguiese su camino. Entonces, ¿por qué estaba él atrapado, sin poder pasar hoja? Manuel no le encontraba sentido alguno. Pero sabía que tenía que afrontarlo solo. Se volvió huraño. Ya nunca salía con sus amigos.

Al cuarto mes, Manuel empezó a ir al club también por la semana, uno o dos días. Por un lado, le reconfortaba el hecho de estar cerca de Lola, pero por otro, ese mismo hecho le provocaba un inmenso desprecio por sí mismo. Ese sentimiento era peor todavía en las ocasiones en las que compraba los servicios de la mujer, en las que el sexo era profundamente insatisfactorio, y sus intentos de conquista ridículos. Cuando llegaba a casa se sentía un ser despreciable, y lloraba y maldecía y se prometía a sí mismo que no volvería al Lola's. Pero nunca cumplía su promesa. Y la espiral iba creciendo. En cualquier caso, tomar tres o cuatro copas parecía aplacar su mente atormentada, así que empezó a beber con regularidad. Después de seis meses, ya lo hacía todos los días.

Discutía con sus padres en casi todas las ocasiones en las que se veían, que cada vez eran menos. Y con los amigos todavía era peor. En el trabajo pasó de ser la estrella a uno más del montón, y en ocasiones incumplidor. No pocas veces llegaba tarde y resacoso al trabajo, y aunque sus compañeros trataron de encubrirle, y durante un tiempo lo lograron, al cabo de

unos meses el comisario se enteró y amenazó con abrirle un expediente como no cambiara su actitud. Fue ese el momento en el que creyó tocar fondo. Y tomó una decisión: hablaría con Lola. Tenía que solucionar el problema.

Esa misma noche, Manuel estuvo esperando a que Lola se desocupara, ya que estaba con otro cliente. Esperó bastante. Lo bastante como para beberse ocho gin-tonics, uno detrás de otro. Había preparado un pequeño discurso con todo lo que iba a decir, pero a partir del quinto copazo los párrafos se fueron desvaneciendo. Para cuando ella llegó, la ebriedad ya lo había borrado todos, junto con los modales. Manuel abordó a la mujer de mala manera. Ella le dijo que estaba borracho y que así no quería hablar con él, y mucho menos tener relaciones. Él le dijo que tenía dinero, y que no estaba tan borracho. Ella le contestó que sí que lo estaba, que se fuera a casa. Él insistía, pero ella no claudicaba. Y entonces, a Manuel se le escapó: “Pero... yo te quiero, Lola”, le dijo. Ella abrió mucho los ojos con la sorpresa, y pareció tardar un segundo (que para nuestro hombre, inmediatamente arrepentido por lo dicho, pareció una eternidad) y después se rió. No pudo evitarlo. Lo hizo francamente, sin pensar. Podría haberse burlado de él, decirle que vivía con su novio, que las prostitutas no se enamoran de sus clientes, que era un inmaduro, que era un iluso... pero solo se rió. Una sola carcajada. Y risueña le dijo que se fuera a casa. Manuel se puso rojo de ira, y le asestó un puñetazo en la cara. Solo uno. Ojo por ojo y puñetazo por carcajada. Sorprendida por el súbito ataque, Lola cayó al suelo. Al momento, los gorilas del local se echaron encima de Manuel y uno de ellos le sujetó por la espalda, y justo antes de que el otro le atizara, ella se levantó gritando: “¡No le peguéis! ¡Es policía!”. Sangrando por la boca (tuvo suerte de que Manuel estuviera borracho y medio fallara el golpe), le dijo, con los ojos llenos de odio: “Mira, Manuel, por si no te has dado cuenta, soy puta, y me acuesto contigo solo por el dinero. No te quiero, nunca te he querido y nunca te voy a querer. ¿Lo entiendes? –Manuel asintió débilmente, los ojos vidriosos, incapaz de articular palabra-. Bien. Pues ahora, te vas a largar por esa puerta y no vas a volver, porque ya no me voy a acostar contigo nunca más. Ni ninguna chica de este local, después de que me hayas

pegado. ¡Largo! ¡Tienes suerte de que no te denuncie! ¡Fuera de aquí!”. Y así, escoltado por los gorilas, se fue Manuel del local, cabizbajo, abatido, arrepentido, descorazonado, humillado...

Desde aquel día, de “Colombo” solo le quedó el mote. Cumplía, pero nada más. Era lo suficientemente bueno, pero ya no sentía ningún interés por su trabajo (ni por nada) y su brillante carrera se estancó. Ya no habría más promociones. No le interesaban. Corría el año 1982. Ese año la selección española había perdido el mundial de fútbol y Manuel perdió el Norte, y ya no recuperaría el rumbo correcto hasta bien entrado el siglo XXI.

Después del incidente con Lola, despedido, hizo lo que muchos hombres hacen: ir de fiesta en fiesta, acostándose con cuantas mujeres podía, y aunque fueron unas cuantas, ninguna en comparación con la cantidad de alcohol que engullía. Así estuvo dando tumbos un par de meses, hasta que su amigo Vicente le hizo ver que si no paraba cualquier día se iba a matar. Luego se encerró en su casa a beber. Ya no volvió a tener relaciones con ninguna mujer. Las únicos romances que tuvo fueron con el alcohol, que le duraría hasta el año 2011, y posteriormente con el aikido, arte marcial que empezó en 2008 y supuso un cambio importante en su rutina diaria dos veces por semana, y que probablemente fue lo que hizo que no se pegara un tiro. Y es que un día normal en la vida de Manuel, *grosso modo*, era lo siguiente: levantarse de resaca, ir a trabajar, volver a la pensión y emborracharse antes de irse a dormir. Esa rutina solo cambiaba martes y jueves, cuando iba dos horas por la tarde al gimnasio para la clase de aikido. Como era de tarde (de siete y media a nueve y media) no bebía antes de ir, ya que no era plan manejar armas bebido, por muy de madera que fueran. Como al salir llegaba tarde y cansado a casa, bebía mucho menos que de costumbre. Eso sí bebía, porque para él la práctica del arte marcial era como una especie de meditación liberadora. Eran dos horas sin pensar en nada más que en hacer los movimientos correctamente, sin voces en su mente que hubiera que acallar. Además cansaba, así que el sueño se conciliaba mejor. Eso sí, los fines de semana se resarcía, y si la ración diaria era de una botella de ginebra, los fines de semana pasaba a dos o incluso más.

Pero el suyo no era un alcoholismo al uso. Él bebía porque no lograba conciliar el sueño sin estar completamente borracho, porque si no lo estaba, su mente lo llevaba a Lola una y otra vez. Eso sí, bebía buen alcohol y siempre en casa. Nunca se emborrachaba en bares ni en público, ni montaba escándalo. Era un ermitaño absoluto. Nunca quedaba con nadie, ya fueran amigos, compañeros de trabajo o del gimnasio. Sólo iba a ver a sus padres un par de domingos al mes, hasta que murieron en un terrible accidente de tráfico en el año noventa y dos, el de la gloriosa Expo de Sevilla y los juegos de Barcelona. Todo el país estaba exultante, salvo Manuel, a cuya profunda depresión se vino a añadir el sentimiento de culpa por haber defraudado a sus padres. A partir de ese año ya no salía ni los domingos. Ya no iba a ningún sitio, así que vendió su coche y todas las posesiones que acababa de heredar, dejó el piso en el que estaba alquilado y se fue a vivir a una pensión en la Zona Vieja, a un paso del mercado de La Piedra y por tanto a un paso de la comisaría. Para vivir su alcoholismo con toda discreción.

De hecho, él creía que nadie sabía que era alcohólico. Era cuidadoso y no bebía en público, e incluso se preocupaba de comprar la ingente cantidad de alcohol que consumía en distintos establecimientos, de manera que ninguno de los dependientes se diera cuenta de todo lo que llegaba a beber. Y dinero no le faltaba, ya que entre su sueldo y la herencia se podía afirmar que no tenía problemas a fin de mes. Pero al final resultó que todo el mundo lo sabía. No se puede ocultar una cosa así durante tantos años, y, como se suele decir, “la policía no es tonta”.

Llevando esa vida alcoholizada y sedentaria (salvo cuatro horas a la semana desde septiembre del 2008), en los 90 nunca bajó de los 100 kilos. En 2011, cuando le dió el infarto, pesaba más de 110. La recuperación, muy dura al principio, le llevó aproximadamente año y medio. Pero todo se fue haciendo más fácil después de empezar la terapia con el psicólogo.

Con él se dio cuenta de dos cosas: la primera, que había desperdiciado su vida, y la segunda, que por culpa de la primera se había quedado solo. Sin familia, sin mujer, sin hijos, casi sin amigos... Durante todos esos años –a los que él mismo se refería ahora como los “Años Oscuros”–, se había ido alejando de todos aquellos con los que había tenido algún vínculo